

## LECTIO, POZO DE AGUA VIVA

Liliana Solhaune, OSB<sup>1</sup>

*“Bebe el agua de tu aljibe  
y la que fluye de tu propio pozo” (Pr 5,15)*

Leyendo el encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo de Jacob, encontré, en un sitio marginal –una nota al pie de la Biblia de Jerusalén–, un dato que despertó mi interés: “De este pozo no se habla en *Génesis*”. Inmediatamente quise saber de qué pozos SÍ se habla en el libro del *Génesis*.

Y me encontré, en Gn 21 y 26, con pozos que cavaron los Patriarcas – Abraham, Isaac– en las tierras desérticas o semidesérticas del Négueb. Verdadera riqueza en una zona árida, estos pozos fueron objeto de la codicia de los habitantes del lugar: en torno a ellos se tejió la historia de los hombres, que no hubieran podido sobrevivir sin sus aguas vivificantes. Enfrentamientos y apropiaciones ilícitas, pero también acercamientos y alianzas. En torno a un pozo se puede vivir y prosperar. Se puede, como lo hizo Abraham, plantar junto a él un tamarisco –árbol de raíces profundas, con propiedades medicinales y asociado a la idea de longevidad– y permanecer allí “*largo tiempo*” (Gn 21,34), después de haber invocado “*el nombre del Señor Dios, el Eterno*” (Gn 21,33), fuente de toda vida. Un pozo da estabilidad al espíritu errante: le permite echar raíces.

No sabía todavía que Orígenes veía en el agua de los pozos cavados por los patriarcas una imagen del sentido que buscamos en la tierra de la Escritura. Pero el texto ejercía su atracción, moviéndome a plantar la tienda de mi *Lectio* junto a las tiendas de aquellos nómadas del desierto, para estar con ellos y observarlos, con la secreta esperanza de aprender a encontrar, en medio de las arideces de la vida, el agua del sentido.

---

1 Monja del Monasterio Nuestra Señora del Paraná de Aldea María Luisa, Entre Ríos (Argentina).

Mi atención se detuvo en Isaac, heredero de la bendición de Abraham: “Después de la muerte de Abraham, Dios bendijo a su hijo Isaac, y este se estableció cerca del pozo de Lajai Roi” (Gn 25,11), nombre que puede interpretarse como “pozo del viviente que me ve”<sup>2</sup>. Después del nacimiento de sus hijos, Esaú y Jacob, y del episodio en el que Esaú vende a Jacob sus derechos de primogénito por un plato de lentejas, “aquella región volvió a padecer hambre –aparte de la que había padecido anteriormente, en tiempos de Abraham– e Isaac se fue a Guerar, donde estaba Abimélec, el rey de los filisteos” (Gn 26,1). Allí se le aparece el Señor, y renueva la promesa hecha a su padre: “Yo estaré contigo y te bendeciré. Porque te daré todas estas tierras, a ti y a tu descendencia, para cumplir el juramento que hice a tu padre Abraham. Yo multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y le daré todos estos territorios, de manera que por ella se bendecirán todas las naciones de la tierra” (Gn 26,3-4).

En el marco de esa bendición, que es sobre todo un estar en presencia de Dios “que me ve” y no me abandona, vemos prosperar a Isaac en esa región extranjera: “Isaac sembró en aquella región, y ese año cosechó el ciento por uno, porque el Señor lo había bendecido. Así se fue enriqueciendo cada vez más, hasta que llegó a ser muy rico. Adquirió ovejas, vacas y una numerosa servidumbre. Y los filisteos le tuvieron envidia” (Gn 26,12-14). Es la vieja envidia de los orígenes, la misma que volvió a Caín contra su hermano Abel, a quien el Señor “miró con agrado” (Gn 4,4), la que llena ahora el corazón de los filisteos, envidiosos de Isaac, ese al que el Señor bendice colmándolo de bienes.

Tapar los pozos, aquellos cavados en tiempos de Abraham, llenarlos de tierra, es ya negarle a Isaac y los suyos la vida en aquel sitio. Como lo confirman las palabras: «Y Abimélec dijo a Isaac: “Aléjate de nuestro lado, porque tú has llegado a ser mucho más poderoso que nosotros”. Isaac se fue de allí, y acampó en el valle de Guerar<sup>3</sup>, donde se estableció» (Gn 26,16-17).

No hay enfrentamiento, sino retirada. Pero no es un “bajar los brazos”: Isaac no deja de trabajar *en positivo*, buscando crear nuevamente las condiciones

2 Biblia de Jerusalén, nota al pie de Gn 16,13, donde se habla del pozo junto al cual Agar se encontró con el Ángel de Yahvé.

3 El valle de Guerar debe buscarse probablemente en el Négueb (R. P. Serafin de AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*).

necesarias para la vida. Abre de nuevo pozos antiguos, cavados en tiempos de su padre, y les devuelve el nombre que tenían, en ese ámbito inhóspito en el que cada pozo *es llamado por su nombre*, porque es necesario identificar lo que constituye una alentadora promesa de vida.

*«Pero cuando los servidores de Isaac, que habían estado cavando en el valle, encontraron un manantial<sup>4</sup>, los pastores de Guerar discutieron con los de Isaac, diciendo: «Esta agua es nuestra». Entonces Isaac llamó a ese pozo Esec, que significa “Litigio”, porque allí habían litigado con él. Después cavaron otro pozo, y volvió a producirse un altercado a causa de él. Por eso Isaac lo llamó Sitná, que significa “Hostilidad”. Luego siguió avanzando, y cavó otro pozo más. Pero esta vez no hubo ningún altercado. Entonces le puso el nombre de Rejobot, que significa “Campo libre”, porque dijo: “Ahora el Señor nos ha dejado el campo libre, para que podamos prosperar en esta región”» (Gn 26,19-22).*

La actitud laboriosa de los servidores de Isaac, su constancia en la búsqueda de agua, contrasta con la desidia de los pastores de Guerar, quienes sin trabajar pretenden apropiarse del fruto del trabajo ajeno, como si todo en aquella región les perteneciese. Llama la atención ver cómo Isaac da a cada pozo el nombre exacto de la situación que vive en relación con sus demandantes: “litigio”, “hostilidad”, y finalmente, cuando no encuentra ya oposición, “campo libre”. Plenamente consciente de cada situación, es capaz de nombrarla y de elegir libremente ceder el lugar al envidioso. Como suele suceder en la vida espiritual, *cediendo, avanza: “siguió avanzando, y cavó otro pozo”*. Como Benito, quien también “cedió ante la envidia<sup>5</sup>”, cambiando su lugar de residencia. E inmediatamente Isaac reconoce que lo logrado es obra del Señor de la historia, que le permite “*prosperar en esta región*”. Porque ha encontrado el agua de la convivencia pacífica.

La escena siguiente nos muestra la renovación de la bendición de Dios, a quien Isaac rinde culto, mientras sus servidores, trabajadores incansables, cavan un nuevo pozo: *«De allí subió a Berseba, y esa misma noche el Señor se le apareció para decirle: “Yo soy el Dios de Abraham, tu padre: no temas, porque estoy contigo, Yo te bendeciré y multiplicaré tu descendencia, por amor a mi*

---

4 Manantial: agua que mana.

5 SAN GREGORIO MAGNO, *Diálogos* II, Cap. 8,5.

*servidor Abraham*”. Allí Isaac erigió un altar e invocó el nombre del Señor. En ese lugar estableció su campamento, y sus servidores comenzaron a cavar un pozo» (Gn 26,23-25).

De este pozo sólo volveremos a tener noticia después del encuentro con Abimélec, quien se acerca ahora buscando una alianza con quien ha sido tan evidentemente bendecido por Dios: «*Mientras tanto, fue a verlo Abimélec, que venía de Guerar junto con Ajuzat, su consejero, y Picol, el jefe de su ejército. Isaac les preguntó: “¿Para qué vienen a verme, si fueron ustedes los que se enemistaron conmigo y me echaron de su lado?”. Ellos le respondieron: “Hemos comprobado que el Señor está contigo, y pensamos que entre tú y nosotros debe haber un acuerdo, ratificado con un juramento. Por eso, queremos hacer una alianza contigo: tú no nos harás ningún daño, porque nosotros no te hemos causado ninguna molestia, sino que siempre fuimos amables contigo y te dejamos partir en paz. Tú eres ahora bendecido por el Señor”. Isaac les ofreció un banquete, y ellos comieron y bebieron. Al día siguiente, se levantaron de madrugada y se hicieron un juramento mutuo. Luego Isaac los despidió, y ellos se fueron como amigos*» (Gn 26,26-31). Obviando las evidentes contradicciones en que cae Abimélec, tratando de autojustificarse, Isaac reacciona con la magnanimidad de quien está aprendiendo los “modales” de Dios, su gentileza y misericordia, y no sólo acepta una alianza de paz, sino que le ofrece un *banquete*.

Hay un “trabajo social” para entretejer relaciones de paz, que se da en paralelo con el trabajo de cavar buscando agua: «*Aquel mismo día, los servidores de Isaac vinieron a traerles noticias sobre el pozo que habían estado cavando, y le dijeron: “Hemos encontrado agua”. El llamó a ese pozo Sibá, que significa “Juramento”. De allí procede el nombre de la ciudad de Berseba hasta el día de hoy*» (Gn 26,32-33). Es significativo que el anuncio de los servidores de Isaac: “*hemos encontrado agua*” se dé inmediatamente después del juramento mutuo de Isaac y Abimélec, ya en un plano de igualdad y no de vasallaje, gracias a la condescendencia de Isaac, que “no les tiene en cuenta sus afrentas”. El agua encontrada es el agua de la amistad, que vivifica los vínculos. Esta relación nueva se asienta sobre la roca firme de la *bendición del Señor* que la asegura y es ratificada con un *banquete*, según la tradición israelita del “banquete de alianza”<sup>6</sup>.

6 En el culto israelita, el banquete de alianza es uno de los más importantes ritos en la celebración de un tratado o alianza. (R. P. Serafin de AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*).

Detengámonos un momento para sacar algunas conclusiones en torno a la *Lectio divina*, que se desprenden de este texto bíblico al que la imagen de los pozos carga de sentido simbólico. Por lo cual conviene precisar en primer lugar el sentido del pozo, tal como lo explica una nota al pie al comienzo de la *Homilía sobre los pozos de Isaac* de Orígenes:

“El simbolismo de los pozos, ampliamente desarrollado en esta homilía... es uno de los temas que caracterizan la obra de Orígenes. Sus primeras anotaciones al respecto están en el comentario a *San Juan* (pozo de la Samaritana) y en el comentario al *Cantar de los Cantares*. Pero el desarrollo más amplio es en estas *Homilías sobre el Génesis*. (...) Entre otras cosas, quiere mostrar la continuidad existente entre las aguas del Antiguo y del Nuevo Testamento. La idea es siempre la misma: los pozos representan la Escritura o, en ocasiones –por deslizamiento de la misma imagen–, el alma que se aplica a ella; la perfección espiritual depende de la excavación asidua de los mismos”<sup>7</sup>.

Si los pozos representan la Escritura o también el alma que las escruta, entonces la *Lectio divina* se nos presenta a la vez como trabajo y como don. Podemos esforzarnos mucho en el trabajo de *cavar*, del cual nadie está eximido, pero el *agua* del sentido más profundo, esa que refleja desde lo hondo los misterios más altos –los del cielo– sólo se nos dará como puro don. Así describe Orígenes ese trabajo:

“Si, pues, empiezo también yo a examinar las palabras de los antiguos y a buscar en ellas el sentido espiritual, si me esfuerzo por remover el velo de la Ley y por mostrar que lo que allí está escrito tiene *un sentido alegórico* (Cf. Ga 4,24), cavo ciertamente pozos”. (...) “Amemos los pozos de *agua viva* y las fuentes, y alejémonos de los litigiosos y calumniadores y dejémoslos en la tierra que aman. No cesemos nunca de excavar pozos de *agua viva* y, examinando ya lo viejo, ya lo nuevo, hagámonos semejantes al escriba evangélico

---

7 ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis* XIII, “Los pozos de Isaac”, 1, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1999, p. 262 (Biblioteca de Patristica 48).

del que dijo el Señor que *saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo* (Mt 13,52)<sup>8</sup>.

Para el monje buscador de Dios –también para cualquier amante de la Palabra–, el hecho de *cavar* constantemente (como los servidores de Isaac), buscando en la profundidad el agua del sentido, evoca la constancia en la *ascesis*, en el *trabajo* ordenador y purificador, que aparta la “tierra” de los obstáculos con la esperanza puesta en el que da el agua cuando quiere y como quiere.

La *Lectio*, aunque sea una obra personal, implica una dimensión social: es necesario mantener destapado el pozo de la conciencia, ya que lo que traba las relaciones sociales sale del pozo del corazón del hombre, y la búsqueda de la verdad conlleva el deseo de ser purificados. Sólo Dios puede hacer posible la convivencia en comunión, pero él no quiere hacerlo sin nosotros: quiere que, en la vida en común, vayamos avanzando desde las “alianzas de poder” (Gn 21,30-32) hacia la “alianza de amistad” entre hijos de un mismo Padre que, orientados hacia la humilde búsqueda del agua de la Verdad, se dejen lavar y purificar por ella, para compartir el banquete de la Alianza con quien vino a salvarnos como don gratuito.

Orígenes se adentra en una interpretación cristológica que es esclarecedora: ve a Isaac como al mismo Salvador:

Considera que tal vez en cada una de nuestras almas hay *un pozo de agua viva*, hay latente un cierto sentido celeste junto con la imagen de Dios. Este es el pozo que los filisteos, es decir, las potencias adversas, llenaron de tierra. ¿De qué tierra? De sentimientos carnales y de pensamientos terrenos; por eso, *hemos llevado la imagen del hombre terreno* (1 Co 15,49). Entonces, los filisteos llenaron nuestros pozos. Pero puesto que ahora ha venido nuestro Isaac, acojamos su venida y excavemos nuestros pozos, saquemos la tierra, purifiquémoslos de toda suciedad y de todos los pensamientos fangosos y terrenos, y encontraremos en ellos el *agua viva*, esa agua de la que el Señor dice: *Quien cree en mí, de su interior brotarán ríos de agua viva* (Jn 7,38).

---

8 *Ibid.* 3, p. 269.

Considera cuán grande es la generosidad del Señor: los filisteos llenaron de tierra los pozos; nos disputaron pobres y escasas corrientes de agua y, a cambio, nos devuelven fuentes y ríos”<sup>9</sup>.

Y actualiza esa obra salvadora de la palabra de Dios en el alma, refiriéndola a todo el que la escucha con fe, también a nosotros hoy:

“Si, pues, ustedes, que hoy escuchan estas cosas, las acogen con fe, también en ustedes actúa Isaac y purifica sus corazones de los sentimientos terrenos; y así, al darse cuenta de que en las divinas Escrituras se esconden tan grandes misterios, progresan en la inteligencia, progresan en los sentimientos espirituales. También de ustedes manarán *ríos de agua viva* (Jn 7,38). En efecto, el Verbo de Dios está presente y ésta es ahora su operación: remover la tierra del alma de cada uno de ustedes y abrir tu fuente; pues está dentro de ti y no viene de fuera, como dentro de ti está también el *reino de Dios* (Lc 17,21).

En la Escritura, el relato referido propiamente a Isaac es relativamente breve. “Isaac no interviene apenas más que en la historia de su padre. Sólo este capítulo 26 le concierne directamente”, afirma una nota de la Biblia de Jerusalén al pie del comienzo de este capítulo, que hemos comentado. Sin embargo, no debemos olvidar el bellissimo capítulo 24 en el que se nos cuenta cómo se gestó y realizó el matrimonio de Isaac y Rebeca, siguiendo la voluntad de Abraham de que su hijo no se casara con una mujer cananea, sino con alguien de su tierra natal y de su misma familia. Y habiendo enviado a su servidor más antiguo con esa misión, lo vemos finalmente regresar con la joven Rebeca:

*«Entretanto, Isaac había vuelto de las cercanías del pozo de Lajai Roí, porque estaba radicado en la región del Négueb. Al atardecer salió a caminar por el campo, y vio venir unos camellos. Cuando Rebeca vio a Isaac, bajó del camello y preguntó al servidor: “¿Quién es ese hombre que viene hacia nosotros por el campo?”. “Es mi señor”, respondió el servidor. Entonces ella tomó su velo y se cubrió.*

---

9 *Ibid.*, p. 273.

*El servidor contó a Isaac todas las cosas que había hecho, y este hizo entrar a Rebeca en su carpa. Isaac se casó con ella y la amó. Así encontró un consuelo después de la muerte de su madre» (Gn 24,62-67).*

La interpretación que hace Orígenes de esta escena, desarrollando su sentido cristológico, es reveladora de la dimensión esponsal de la *Lectio divina*:

“Rebeca, siguiendo al siervo, llegó hasta Isaac; así también la Iglesia, siguiendo la palabra de los profetas, llega a Cristo. ¿Y dónde lo encontró? *Junto al pozo del juramento, mientras paseaba.*

Nunca se aleja de los pozos, nunca se aparta de las aguas. Rebeca es hallada *junto a un pozo, y junto a un pozo* encuentra a Isaac; allí contempla por primera vez su rostro; allí *baja del camello*, allí ve a Isaac mientras el siervo se lo presenta. (...) Yo, siguiendo al apóstol Pablo, digo que estas cosas tienen sentido *alegórico* y digo también que las bodas de los santos son la unión del alma con el Verbo de Dios, *pues el que se une al Señor es un solo espíritu*. Y esta unión del alma con el Verbo es seguro que no puede realizarse de otra manera que por la instrucción de los libros divinos, que figurativamente reciben el nombre de pozos. Si uno viene a estos pozos y saca agua de ellos, es decir, si por medio de la meditación saca de ellos un sentido y una inteligencia más profundos, encontrará bodas dignas de Dios; pues su alma se une a Dios”<sup>10</sup>.

Podemos preguntarnos cuál fue la obra de Isaac, en el contexto de la historia de los Patriarcas. Siguiendo la interpretación cristológica de los Padres, podemos decir que el amor de Isaac por Rebeca es figura del amor de Cristo por la Iglesia. Si el libro del *Génesis* dedica tan poco a la vida de Isaac, y se detiene tanto en el episodio de los pozos... ¿no será, acaso, porque en él se encierra el misterio de un amor de alianza esponsal, en el que el esposo se ocupa de saciar la sed de la esposa con el don de su Palabra, fuente de agua viva?

Hay quienes se preguntan también: ¿qué hacen los monjes? Podemos responder: entre otras cosas, son entusiastas de “cavar pozos” en la Escritura.

---

10 ORÍGENES, *Homilias sobre el Génesis*, X, “Rebeca”, pp. 235-236.

Piden y esperan ser restaurados cada día por el *agua viva* de la Palabra: don del Esposo, germen de vida nueva para el mundo. Obra callada. Pero fecunda. Porque “es la Palabra misma la que nos lleva hacia los hermanos; es la Palabra que ilumina, purifica, convierte. Nosotros no somos más que servidores”<sup>11</sup>.

*Monasterio Nuestra Señora del Paraná*  
*E3114XAI Aldea María Luisa*  
*Paraná – Entre Ríos*  
*ARGENTINA*

---

11 BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, 93.